

EL DEFENSOR DE GRANADA,

DIARIO POLITICO INDEPENDIENTE.

SUSCRICION.

En Granada, por un mes 175 pts.
En el resto de la Península, por trimestre 6
En el extranjero y las Antillas, por un semestre. 1750 >

DIRECTOR Y ADMINISTRADOR,

LUIS SECO DE LUCENA.

Oficinas e Imprenta, Águlla, 5.

ANUNCIOS.

Precios de tarifa: 6 céntimos de peseta la línea, en la 4.ª plana; 25 céntimos la línea, en la 3.ª plana; 1 peseta la línea en la 1.ª plana.—A los suscritores se les insertará gratuitamente, durante tres días cada mes, un anuncio que no exceda de cinco líneas.

MISCELANEA.

El día de ayer. Fué un día perfectamente aprovechado por las Infantas. Por la mañana asistieron, en la catedral á los oficios; á la una de la tarde almorzaron en su alojamiento; á las dos, por las calles Tablas, Duquesa, Carril de San Jerónimo, San Juan de Dios, Triunfo, y Real de Cartuja se dirigieron á este antiguo monasterio y lo visitaron con detencion; inmediatamente, volvieron á la calle de San Juan de Dios, visitando el Templo y el Hospital,—así como despues la iglesia de San Jerónimo.

Desde aquí, se encaminaron, por las calles Duquesa, Tablas, Alhóndiga, Puerta Real, Campillo, San Matias y Santo Domingo, á la iglesia de Santa Escolástica; volvieron al Campillo, y por el paseo del Salon y de la Bomba, y camino de Huétor, llegaron al Ventorrillo de los Pollos; por último se dirigieron al Hospicio, visitando este y la Casa Cuna, regresando á su alojamiento á las siete menos quince minutos.

La Comitiva. En su paseo de ayer, acompañaron á las Infantas, el general Riquelme, la condesa de Superunda, la condesa de Llorente, los marqueses de Nájera, Miss Emma, don Manuel Rosales, las señoras de Carvajal y Barrios, el presidente de la Audiencia, el Gobernador, el Alcalde, el presidente de la Diputacion señor Fernandez Espada, el vicepresidente de la comision provincial señor Haear, el ayudante del general Riquelme, brigadier Nouvelles, el diputado á córtes don Fernando Carvajal, el señor Barrios, el diputado provincial señor Gonzalez Chia. El señor arzobispo acompañó á S. A. desde el Hospital de S. Juan de Dios, en la visita del templo de Santa Escolástica. Además del general Riquelme, en el coche de las Infantas fueron: desde Palacio á la Cartuja, el presidente de la Audiencia; desde la Cartuja al Hospital de San Juan de Dios, el Gobernador civil; desde el Hospital al templo de Santa Escolástica, el Arzobispo; desde Santa Escolástica al Hospicio, el alcalde; y desde el Hospicio al Palacio el señor Fernandez Espada.

En la Cartuja. Recibió á SS. AA. el cura don Manuel Canivet. Las Infantas inspeccionaron detenidamente, las mil preciosidades que en aquel rico monasterio se encierra, fijándose en la magnífica ensambladura de las puertas del coro ricamente embutidas de concha, nácar y marfil y con molduras de ébano, y en la Concepcion de José Mora que embellece el retablo.

El *Sancta Sanctorum*, con su asombrosa variedad de mármoles, y sus frescos de Riusueño y Palomino llamó la atencion de SS. AA. y muy especialmente la suntuosa sacristía en la que admiraron las cajoneras de concha por sus notables incrustaciones de nácar y ébano, los mármoles de Loja y Lanjaron y la *Purísima* en cobre que se atribuye á Murillo. Visitaron tambien el *refectorio*, y el claustro grande recorriendo las crujiás. El señor cura acompañó á SS. AA. hasta el vestibulo del templo. El Ilmo. Señor D. Francisco Retortillo que se hallaba entonces y casualmente en la Cartuja fué saludado por doña Isabel: el Sr. Retortillo es hijo del Conde de Almaráz.

Invitacion. He aquí como está redactada la del banquete que el Ayuntamiento ofreció anoche á SS. AA.

Hay un membrete con el escudo de la poblacion, primorosamente litografiado. Debajo dice: «La Excmo. Corporacion Munici-

pal, da un banquete en la noche del dia 2 del próximo Abril en los salones de sus Casas Capitulares, en honor de las Serenísimas Sras. Infantas de España Doña Isabel y Doña Paz, y SS. AA. RR. han tenido á bien honrar á V. S. con su invitacion.

El Alcalde Presidente al poner en su conocimiento esta Real distincion, le felicita por ella, y le ofrece el testimonio de sus respetos. (A las 8 de la noche, de etiqueta ó uniforme. Sr. D....)

El banquete del Ayuntamiento.

Anoche se verificó la comida con que el Ayuntamiento ha obsequiado á las Infantas. A las ocho en punto llegaron SS. AA. al palacio municipal, siendo recibidas, al pié de la escalera, por la Corporacion: doña Isabel aceptó el brazo del Sr. Alcalde, y doña Paz el del Teniente de Alcalde don Jorge Bessieres: las damas de la servidumbre fueron atendidas por los señores concejales. SS. AA. descansaron breves momentos en el salon de Tenientes de Alcalde, y en seguida pasaron al comedor. Los asientos de la mesa fueron ocupados por el siguiente orden: Centro de la derecha, Infanta doña Isabel. A la derecha, el Capitan general, la Condesa de Superunda, el General Riquelme, la Marquesa de Nájera, don Manuel Rosales, la señora de Carvajal, el Vicepresidente de la Comision provincial, la señora del Fiscal de S. M.; el senador don Nicolás de Paso; los diputados provinciales Sres. Castro Almendros, Sagredo, Pareja, Alcaráz, Ruiz de Almodovar, Gonzalez Chia y Sanz de Santiago.—A la izquierda: el Presidente de la Audiencia; la Condesa de Llorente; el Senador don Pablo Diaz; la Marquesa del Salar; la señora de don Pablo Diaz; el diputado á Córtes don Fernando Perez del Pulgar; la señora de Barrios; el señor Sierra Valenzuela; el Jefe de Zapadores don Antonio Afan de Rivera; el Teniente de Alcalde don Francisco Morales; los Concejales don Angel Gonzalez Alva, don Diego Romera y D. José Ramon Calera.

Centro de la izquierda, Infanta Paz. A la derecha; el gobernador civil, la señora del presidente de la Audiencia, el marqués de Nájera, Miss Emma, el fiscal de S. M., la señora del Delegado de Hacienda, el Rector de la Universidad, Ascencion Campos, el diputado á Córtes don Fernando de Carvajal, el Gobernador militar, los tenientes de alcalde señores Bejar y Sanchez Gallardo (don Antonio) los concejales, señores Jimenez Baena y Ruiz de la Fuente; el director de *La Lealtad*.—A la izquierda: el marqués del Salar; la señora del Capitan general; el Alcalde; la Marquesa de San Fernando; el Marqués de Cavacelices; la señora del Gobernador militar; el Sr. Barrios; la señora del Alcalde; el Ayudante del General Riquelme; brigadier Nouvelles; don Salvador Branchat; el Secretario del General Riquelme, señor Alarrios; el Concejal don Rafael Branchat; el Teniente de Alcalde D. Jorge Bessieres; el señor Seco de Lucena, director de *EL DEFENSOR DE GRANADA*; el Concejal don Gumer-sindo Sanchez Gallardo.

A las ocho y quince minutos empezó la comida, cuyo menú fué el siguiente: «Sopa. Consommé á 1.ª Imperatise.—Entrada. Filete jardiniere con champignons.—Relieve. Salmi de filete d' Oie á la Bordelaisil. Cabeza de jabali á la Montagnarde.—Ponelu á la romana. Vol au vente filete de perdiz truffé. Chartreuss de Faisanes. Espárragos á la holandesa.—Asado. Pavo á Broche.—Ensalada

rusa.—Dulces. Gelatina á la Princesa. Flan de puding á la inglesa. Almibares de Santiago.—Vinos. Jerez amoroso. Bordeaux chateau Margaux. Borgoña Volnay. Bordeaux chateau Laffite. Bordeaux St. Stephe. Champagne de Moet et Chandon. Gladiateur y Clicot.» En la portada del cartelillo-menú, bajo un escudo de la ciudad, habia la siguiente leyenda: «Carta de la comida que el Excmo. Ayuntamiento de la muy noble, muy leal, y muy heróica ciudad de Granada, tiene el honor de ofrecer á SS. AA. RR. las Serenísimas señoras Infantas de España doña Isabel y doña Paz, en los salones de sus Casas Consistoriales, Dia 2 de Abril de 1882.»

La mesa se hallaba profusamente enriquecida con preciosos bouquets de flores, entre las que descollaban abundantes camelias; una hermosa araña de bronce dorado, y dos de bronce y cristal, varios candelabros de bronce sobre la mesa, y otros fijos en el muro constituian la iluminacion de la sala, por demás suntuosa, y del lector ya conocida.

Terminado el banquete, se sirvió el café: SS. AA. descansaron en el salon de tenientes de alcalde, y, á los pocos momentos, visitaron las habitaciones de la casa, deteniéndose un largo rato en la alcaldía, donde se hallaba el pendon de Castilla, tremolado el 2 de enero de 1492 en la torre de la Vela, y la carta constitucional del Ayuntamiento y el título de *heróica* concedido á la ciudad por Isabel II, preciosos documentos que ya conocen los lectores de *EL DEFENSOR DE GRANADA*.

El tocador hallábase decorado con un gusto esquisito que no pudieron menos de elogiar cumplidamente SS. AA. El mobiliario de raso azul celeste, candelabros de bronce; cuatro hermosísimos plátanos naturales, con sus anchas y verdes hojas que recuerdan la exuberante vegetacion de los trópicos; una mesa tocador elegantísima, ricas alfombras y valiosos jarrones, formaban en aquel departamento, deliciosísimo conjunto. Las demás habitaciones, y el corredor estaban perfectamente decorados.

Hablaron SS. AA. con la señora del Alcalde afectuosamente y largo rato; manifestáronse complacidas de las atenciones que el Ayuntamiento les prodigaba, y se retiraron á las once menos cinco minutos.

Antes de concluir diremos dos palabras, ya que el poco espacio de que disponemos hoy nos impide ocuparnos detenidamente del asunto, acerca de la decoracion general de las Casas Consistoriales. Los jardines del patio hallábanse fantástica y profusamente iluminados por numerosas bombillas de colores; la escalera tapizada de alfombras rojas y amarillas. La guardia municipal formó en el vestibulo: los servidores de la corporacion, instalados en la escalera, ostentaban lujosas libreas; dos esbeltos pajecillos se hallaban en el comedor, á las órdenes de SS. AA. En el patio, las músicas militares llenaban el ambiente con los acordes de las obras más escogidas de su repertorio, y en los alrededores del Ayuntamiento, se agolpaba la muchedumbre deseosa de conocer á SS. AA.

En el templo de Sta. Escolástica.

La visita de SS. AA. á este templo fué muy breve: duró cuatro minutos. Una pobre mujer se arrojó á las plantas de S. A. doña Isabel, pidiéndole una limosna con que aliviar su miseria.

Yá en la calle, al salir los coches para la

Carrera, fué preciso que la condesa de Superunda se trasladase á otro carruaje, pues el suyo se habia averiado. El Arzobispo despidió á las Infantas en el pórtico de la iglesia.

El concierto en Palacio. A las once y quince minutos, poco despues de llegar á Palacio SS. AA. de retorno del banquete, comenzó el concierto, en la sala de recepciones que describimos hace dias. Quisiéramos disponer de mucho espacio, mucho ingenio, una frase artistica y correcta, una imaginacion brillante y lozana; que sin tales condiciones es difícil describir el magestuoso conjunto de grandeza, arte, hermosura y de poesia que hresentaba anoche el salon de recepciones del palacio Riquelme. Pero el tiempo de que dispone el periodista á las tres de la madrugada es escaso; el pensamiento está rendido de admirar tanta belleza; y apenas si nos es posible coordinar, á vuela pluma, sin correccion ni estilo, nuestros apuntes. Dispénsennos, pues, los que desean revistas de salones con detalles minuciosos, y elegantemente redactadas.

El adorno más brillante de la reunion fueron las señoras, hermosísimo ramillete de lozanas flores. S. A. Isabel vestia de raso *chiné* con encajes de Bruselas, y rosa en el peinado; S. A. Paz, de raso maravilloso, color crema con riquísimos encajes, y camelias; la señora Dávila de Cózár, de gró brechado y guarnecido de encajes; Medina de Dávila y Dávila de Liencres, de raso maravilloso blanco; la de Lamas, de azul marino con *asis* de encajes; la Marquesa del Salar, de falda raso lila, con pensamientos bordados, y cuerpo de *moiré* color pensamiento; la Condesa de Superunda, de azul marino y celeste pálido; la señora Perez del Pulgar de Chacon, de *moiré* color castaña; Miss Emma, de gasa blanca y prendidos de flores; Mercedes y Teresa Miravalle, de chaqueta raso azul celeste y falda azul marino; Antonia Alcon, de raso blanco y crema con flores azules; Mariana Cordon, de celeste pálido y ricos encajes; la del Delegado de Hacienda, de raso negro con magníficas flores oro, y camelias en el peinado; la de Barrios, de raso color salmon y blonda española; la señorita de Ramirez, de negro y encajes blancos; la señora del Capitan General, de negro y flores de color; la Marquesa de San Fernando, de chaqueta negra y falda granate; la de Nájera, de raso color ceniza brillante; la señora Allende de Salazar, de chaqueta *chiné* con falda blanca guarnecida de encajes y pluma rosa; la Condesa de Miravalle, de negro, ostentando la cruz de Maria Luisa; Mercedes Pulgar de Dávila, de raso blanco crema; la señora de Mazarredo, de raso grana con encajes blancos; la de don Antonio Cordon, de raso color gris plata; la de don Francisco Cordon, de terciopelo negro con encajes; Maria Luisa Campos, de raso color rosa pálido con encaje y perlas, y Ascencion Campos, de terciopelo negro con encajes blancos y preciosas flores.

Entre los caballeros, vimos allí á los señores; General Riquelme, Capitan General, Segundo Cabo, Alcalde, diputados á Córtes don Fernando Carvajal y don Fernando Perez del Pulgar, Marqués de Nájera, Subgobernador de Motril, don Joaquin Duran, don Antonio Herrasti, el diputado provincial don Salvador Lopez Sagredo, don José Vasco, don Gerardo Boix ayudantes del Capitan general don Francisco, Zárate, el Fiscalde S. M. A

presidente de la audiencia, el presidente de sala señor Cáceres, el Delegado de Hacienda, el Presidente de la Comisión provincial, los coroneles Gordon y Mandicuti, el Marqués del Salar, don Francisco Liencres, don Luis Mazarredo, don Joaquín y don Luis Dávila, don Salvador y don Rafael Branchat, el Conde de Miravalle, don Francisco Condon, don Manuel Góngora y Carpio, y el corresponsal artístico de *La Crónica de la Música* don Francisco de Paula Valladar.

En un ángulo del salón estaban los músicos. Con un cuarteto en *do menor* de don Celestino Vila, primorosamente ejecutado, bajo la dirección de don Carlos Romero, por los señores don Ricardo Romero, don Miguel Berbel y don Manuel Guervós, comenzó el concierto. Seguidamente, y accediendo á las indicaciones de S. A. doña Isabel, la encantadora María Luisa Campos, cantó delicadamente, con esquisito gusto y expresión inimitable la melodía de Tito Mathei; *Non nata pía.*

El distinguido aficionado don Cándido Peña ejecutó al piano, de una manera sorprendente, la *Tarantella* de Gostchalt.

Ejecutóse despues por el cuarteto y piano, un nocturno del joven pianista don Manuel Gaervós, que fué escuchado con suma complacencia por los concurrentes y mereció al autor los elogios de S. A. Isabel.

Siguió á dicho cuarteto, el de Beethoven, obra 16, del que fué ejecutado el expresivo adagio y allegro-rondo en *mi bemol*, por los señores Ricardo y Carlos Romero, Beas y Peña.

María Luisa Campos Carvajal, se acercó nuevamente al piano y cantó la *Serenata*, leyenda valacca de Gaetano Braga, cuya hermosa melodía supo interpretar de un modo admirable.

Por último, el señor Guervós ejecutó al piano el primer tiempo de un concierto de Hummel, y los señores Peña y Guervós una hermosa fantasía sobre motivos de Sonámbula de Corticelli.

En los intermedios se sirvieron helados y esquisitas pastas.

SS. AA. se retiraron á las doce y media de la noche.

En el templo de San Jerónimo. Al fin de la calle de la Duquesa está el monasterio de San Jerónimo, uno de los monumentos más notables de Granada y singular en su género. SS. AA. lo visitaron, despues de la Cartuja. No vimos que las recibiera otra persona que el Sacristan, pues el cura de la Colegiata don Manuel Cruz llegó cuando las Infantas se disponían á retirarse. El magnífico grupo de Gaspar Becerra, que representa el entierro de Jesus y se halla en la Capilla del Evangelio: fué admirado, como por su correctísimo dibujo, notable anatomía y decorosa expresión variada con arte en todas las cabezas, merece.

S. A. Isabel quiso bajar al sótano donde, segun se dice, se guardan las cenizas del Gran Capitan: la realización de semejante empeño era difícil, porque el primer escalon dista del pavimento más de una vara. Se trajo una escalera de madera, por la que descendió S. A., y seguidamente, la Infanta Paz, Miss Emma y la Marquesa de Nájera. En aquel sótano hay un féretro de zinc con un Cristo y cuatro lucas, y en él se guardan, segun algunos aseguran, las cenizas del Gran Capitan. SS. AA. pasaron al coro, cuya sillería es toda de nogal, y aunque mucha la sencillez de sus adornos, tiene buena traza y sus relieves de Velasco segun la tradición, bastan para dar crédito á un artista. La silla prioral tiene en su respaldo un bajo relieve, que representa á la Virgen con el Niño en los brazos, y que fué examinado detenidamente por S. A. No llamaron menos su atención las pinturas de los muros del coro, que dicho sea de paso, es lo mejor que hay en el monasterio.

En la Iglesia y hospital de San Juan de Dios. Al entrar SS. AA. en la iglesia salieron á recibir las el Padre Prior de la Hermandad de San Juan de Dios, el Padre Eugenio, los hermanos Rafael, Víctor, Estéban y Jaime, el sacerdote agregado

á aquella don Veremundo Mata y la Superiora de las Hermanas de Caridad Sor Francisca con las ventiuana que constituyen la comunidad.

Cruzaron las Infantas rápidamente el templo, pasando al hermoso camarín que, por sus reliquias, sus preciosas alhajas, sus pinturas y magníficos adornos, merece ser visitado. El tabernáculo del centro, donde se conservan los restos de San Juan de Dios, y que es una obra de arte, fué examinado detenidamente por las Infantas.

Del camarín pasaron á la Sacristía, y de la Sacristía al hospital, visitando casi todas las clínicas del establecimiento, acompañadas del Director, del médico don Enrique Pérez Andrés, de los diputados provinciales señores Pareja y Castro Almendros, y de la comitiva. En la sala de San Rafael gritó un enfermo:

—¡Vivan las Infantas!

—Este es soldado—dijo S. A. doña Isabel. No es preciso más que verle para conocerlo. ¿Es V. soldado?

—Si señora: lo soy, y lo tengo á mucha honra, y he servido en el Norte.

—¿Que tiene V.?

—Estoy baldado.

—¿Es V. de Antillas?

—No Señora: soy del regimiento de Andalucía.

S. A. hizo tomar nota del número del enfermo, que es el 27.

Al salir de la sala de San Rafael, se presentó el Arzobispo que acompañó á las Infantas en el resto de su rápida visita del hospital. Los enfermos vitorearon continuamente á SS. AA.

En el Hospicio y Casa cuna. Las Infantas llegaron ya tarde á este establecimiento, donde las esperaban los diputados señores Lapuente Apecechea y Sagredo, el Director, el señor Arzobispo y las Hermanas de caridad. Los balcones hallábanse adornados con colgaduras; el pavimento cubierto con alfombra de bayetas; la música del Hospicio, dirigida por el Sr. Lerin, entonó la marcha real, ejecutando algunas piezas, durante todo el tiempo que permanecieron SS. AA. en la casa.

Las Infantas recorrieron uno por uno todos los departamentos del Hospicio y de la Casa-cuna, siendo vitoreadas repetidas veces por los asilados. S. A. Isabel reconoció á la Superiora de las Hermanas de la caridad, sor Tecla, á quien habia visto hace algunos años en el hospital de Segovia. El sacerdote don Manuel Fernandez y el médico señor Arnau, tambien acompañaron en su visita á SS. AA. que recorrieron, en la Casa-cuna, los dormitorios, cuartos de aseo, de lactancia, enfermería, cocina, comedor, etc. El Hospicio está muy miserable: del Hospital de Dementes, dicen que es un horror. Se conoce que la provincia no se cuida mucho de tan importantes establecimientos. En la Cuna, S. A. Isabel besó cariñosamente á una niña expósita que ayer mismo entró en la casa, y á quien bautizaron con el nombre de Isabel.

El programa de hoy. El programa de distribución del día de hoy, convenido anoche por SS. AA. es el que sigue:

A las nueve de la mañana asistirán á la misa que ha de decir el señor Arzobispo en las Angustias.

Terminada la misa, irán al Sacromonte aceptando un almuerzo relativamente frugal y modestísimo.

Por la tarde visitarán el Laurel de la Reina en la Zúbia.

A las once y media de la noche, saldrán de Granada, dirigiéndose á Córdoba en tren especial.

En la estación de Loja. Ya tenemos noticias del recibimiento preparado por la ciudad de Loja, en la tarde del viernes á las Infantas. El andén hallábase vistosamente adornado con pabellones, escudos, banderolas y arcos de follaje. Esperaba el arribo del tren régio, entre otras muchas personas distinguidas y autoridades de la localidad, el Excmo. Sr. Duque de Valencia, grande de España; el Alcalde presidente del Ayunta-

miento, D. Joaquín de Campos; el primer teniente de Alcalde, D. Antonio Leyva; los concejales D. Antonio Espajo, D. Serafín Derqui, D. Ramón de Campos y alguno otro; el Sr. Arcipreste y señores curas párrocos; el Juez de primera instancia; el Promotor Fiscal; el Comandante de aquel puesto de la Guardia civil; el Diputado provincial del distrito, D. Enrique de Alcaráz; el Diputado provincial D. Miguel Pareja; la Excelentísima Sra. Marquesa de Loja y sus bellas hijas; la señora de Alcaráz, con sus encantadoras sobrinas; las señoritas de Sola, que son el tipo más acabado de la hermosura de este bendecido suelo andaluz; la señora de Porta, con su hija Evelia, rubia é ideal como los ángeles de Murillo; las elegantes señoritas de Zayas; la bellísima señorita de Derqui, y numerosa muchedumbre de gentes del pueblo que pasarían de dos mil personas.

El Ayuntamiento tenia preparado en la estación un gran banquete para obsequiar á SS. AA. que con el objeto de prevenir todos los casos se componía de dos mesas, una de ellas servida con manjares de vigilia.

Al llegar el tren régio, la banda de música entonó la marcha real; se dispararon innumerables cohetes y se encendieron vistosas luces de bengala y otros artificios de pirotecnica, y se echaron á vuelo las campanas de la población. El banquete no pudo utilizarse porque el tren solo se detuvo un cuarto de hora en el apeadero de San Francisco, para tomar agua. SS. AA. recibieron á las autoridades en la plataforma del coche salón que las conducía, y conversaron afectuosamente con ellas, y muy en particular con el Excmo. Sr. Duque de Valencia y su señor hijo. El tren régio partió, siendo aclamadas SS. AA. por la muchedumbre.

Recibimiento. El 30 del mes anterior, al pasar por Alhendin el señor Arzobispo en su retorno de la Visita pastoral que ha girado á los pueblos de la diócesis, salieron á recibirle el Ayuntamiento de la localidad y gran número de vecinos, se dispararon cohetes y palmas reales; se echaron á vuelo las campanas y el vecindario adornó sus balcones con vistosas colgaduras.

En la estación de Pinos Puente. Segun nos dicen de esta población, el recibimiento que se hizo el viernes último á las Infantas fué brillante. El andén estaba adornado con vistosos arcos de follaje y banderas. Al llegar el tren régio, iluminaron la estación con esplendorosas luces de bengala, y se dispararon muchísimos cohetes y palmas reales que dieron á aquel sitio un aspecto maravilloso. Desde una de las ventanas del coche-salón, S. A. Doña Isabel, saludó afectuosamente al Ayuntamiento y al pueblo que la vitoreaba. Nos hacen los mayores elogios del gusto con que estaba decorado el andén, con que el Ayuntamiento dejó á la iniciativa de su Alcalde presidente D. Antonio Martínez.

Enfermo. El Sr. Fernandez Espada no pudo asistir anoche al banquete del Ayuntamiento, por sentirse algo enfermo á dicha hora.

Nada entre dos platos. Hace días, al designar las personas que pensaban recibir en la estación á SS. AA. incluimos, equivocadamente, al Concejal don Emilio Gomez, que, como todos saben, es posibilista. Con este motivo publica *La Tribuna* de ayer un largo suelto, en que atribuye nuestro error el deseo de mortificar á su amigo. ¡En eso estamos pensando!

El error de incluir al Sr. Gomez, es de esos que se cometen todos los días en los periódicos diarios, y que por lo insignificantes ó porque todo el mundo los vé, no necesitan ser rectificadas.

Cocinero. Ayer en el tren correo salió para Madrid el conocido y acreditado fondista, señor Lardy.

En la estación de Atarfe. Segun nos escriben de este pueblo, las Infantas fueron dignamente recibidas en la estación, por las autoridades y vecinos. El andén se hallaba profusamente iluminado y adornado con escudos y banderas de los colores na-

cionales. Al llegar el tren régio, se dispararon muchos cohetes y se quemaron algunas palmas reales. El Ayuntamiento el pueblo saludaron con *¡vivas!* á SS. AA. que les devolvieron cariñosamente el saludo. La banda de música ejecutó la marcha real.

A Madrid. En el tren correo de hoy, habrá salido para Madrid el secretario del general Riquelme, El señor Alarios regresará á Granada dentro de tres días.

CHARADA.

Canta el primo y tercero;
la segunda mete miedo;
el todo para ser todo
no debe tener barbero.

Solucion á la anterior.—RO-MA-NO.

SILLAS TIGERA para iglesia, á 14 y 16 1/2 reales una. Las mismas con respaldo, 25 reales.
En el Precio fijo, calle de Mendez Nuñez, Esquina á la del Estribo.

CARTERA OFICIAL.

Boletín oficial de ayer. Ayuntamientos.—Los de Piñar, Alcazar, Leroles, Santafé y Huтор Santillan, excitan á sus propietarios para que presenten las atas y bajas de sus respectivas riquezas, para la rectificación del amillaramiento. Los de Pinos del Rey Láchar y Alhendin, tienen terminados los padrones de los individuos sujetos al impuesto de la equivalente al de la sal. El de Moreda, anuncia la vacante de la Secretaría municipal.

Indice de las leyes, proyectos de ley, reales órdenes, decretos, instrucciones etc. copiado de la *Gaceta de Madrid*, y de las circulares, edictos y demás disposiciones de este Gobierno de provincia y dependencias, que se han publicado en el mes de Marzo.

Juzgados.—El de Motril, llama, cita y emplaza á María del Carmen Salinas, conocida por la hermana de la Pepa.

Servicio de la plaza de hoy. Jefe de día, don Francisco Zurits T. C. C. del 2.º Depósito de Instrucción y Doma.—Hospital y provisiones, 1.º Capitan de Cuba.—Jura de banderas, 2. capellan del Regimiento Infantería de las Antillas.—Parada, Cuba.—El General Gobernador militar, Suarez.

Matadero publico. Precios de la baja del día 2. Carnero, 1'48, pesetas; borrego 0'00; vaca 1'80 Ternera 1'93.

Vendida en tablas con 12 céntimos de aumento en kilogramo en el día de ayer.

CULTOS.

Día 8.—San Ulpiano, San Pancracio y Sta. María Egipcíaca.

Jubileo de las 40 horas en la iglesia de S. Luis, á 9 Misa cantada á las 5 rosario, salve y letanía.

En la Catedral, Real Capilla y San Justo. Misa de renovación y bendición con S. D. M.

En las iglesias de costumbre se reza el rosario.

VISITA DE LA CÔNTE DE MARIA.

Nuestra Señora de los Angeles en las Capuchinas.

El día 2 está el Jubileo de las 40 horas en la glesia de S. Pedro

Capuchinas

SANTA MARIA EGIPCÍACA.

Fué natural de Tarsis, en Alejandría de Egipto. A los doce años de su edad abandonó la casa de sus padres y se fué á Alejandría, donde por espacio de diez y siete años fué pública ramera. Embarcándose para Jerusalem, fué por su desventura objeto de escándalo para los compañeros de viaje, perseverando en tan deplorable estado hasta el día de la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz. Pretendió entrar en el templo como los demás, pero las tres veces que lo intentó, fué repelida por una mano invisible. Asombrada á vista de tan portentosa maravilla postrose llorosa ante una imagen de la augusta Madre de Dios, venerada en el átrio de aquel templo, pidiendo perdon de sus culpas, y la gracia de poder entrar á adorar el sacrosanto árbol de la redención. Acogió benigna la Excelsa Señora la humilde súplica, y habiendo cumplido sus devociones, hizo la penitente María una confesion general de toda su vida, retirándose despues al desierto, donde por espacio de cuarenta años lloró sus culpas, satisfaciendo por ellas con asombrosas penitencias.

Falleció el día 9 de Abril del año 520. El Martirologio Romano hace memoria de esta Santa el día 2 del mismo mes, pero aquí se la coloca en este, como hemos visto en algunos santorales, por estar ocupado el día 2 con la fiesta de San Francisco de Paula.

EL DEFENSOR DE GRANADA.

ALBUM DE SEMANA SANTA.

LUNES 3 DE ABRIL DE 1882.

LOS TRENOS DE JEREMÍAS.

La Iglesia está hoy de luto; recuerda y solemniza aquellos grandes días en que todo un Dios permitió que le clavasen en una cruz para salvar al mundo, é inclinando su cabeza coronada de espinas, lo salvó. Cubiertos se ven de gasa los altares; los sacerdotes están enlutados; el santuario lleno de misteriosas tinieblas. Al hollar el cristiano sus losas sagradas, siente estremecerse el pie y su ánimo sobrecogerse de santa y maestrosa tristeza, porque aquellas tinieblas, aquel luto, aquella casa fúnebre que en señal de desconsuelo cubre el tabernáculo del Señor, le dicen con voces mudas, pero elocuentes, que ha muerto Jesucristo.

Los brazos abiertos como para abrazar al mundo, y hecho la moña del mundo, Jesucristo espiró... Los ángeles lloraban.

La Iglesia, á la luz de la fé, contempla en estos días á Jesucristo cargado con una cruz, á Jesucristo espirando, á Jesucristo descendiendo al sepulcro; y ved por qué solloza y véstese de luto como viuda inconsolable.

En medio del santo silencio y de las sombras misteriosas del santuario, resueñan, haciendo llorar al alma, unos cánticos de tristeza inefable. En todos los ángulos de la tierra, el pueblo, arrodillado, escucha religiosamente aquellos melancólicos acentos; acentos que há veinti inco siglos, cubierta de ceniza la cabeza, exhalaba Jeremías á vista de las ruinas de Jerusalén.

Nabucodonosor, aquel gran rey que soñó hacerse Dios, y tan luego le tocó la mano de Dios descendió á ser menos que esclavo, había entrado á fuerza de armas en Jerusalén, y asolado sus edificios, y abrasado su templo, y llevado á la flor del pueblo judío en duro cautiverio á la altiva Babilonia.

Cuarenta y cinco años hacía que el gran profeta derramaba lágrimas, y las interponía entre Dios y el pueblo de Israel, por ver si moviéndole á penitencia, podía apartar de sobre él la cólera divina.

Mas al contemplar que sus abominaciones le habían hecho por fin estallar, que era grande como el mar el quebranto de Jerusalén, tan grande como el insolente alegría de la triunfante hija de Edóm, sentóse el Profeta á llorar, y suspiró entre las ruinas de su pueblo sus inefables lamentaciones. Pero cuando lloraba la desventura, dispersión y cautiverio presente, veía también con la luz del cielo, y lloraba al propio tiempo la desventura por excelencia que un día, y en castigo á su deicidio, caería sobre Jerusalén; la dispersión sin ejemplo por la que, arrojados sus hijos en medio de enemigas naciones, serían testimonios vivientes de la viviente cólera de Dios; y el cautiverio, por fin, en que habría de tenerlos el espíritu de las tinieblas hasta que adorando en Jesucristo al Dios de Abraham, les reuniese éste por su piedad infinita al pie del monte Nevo; y allí, á vista de la misma nube que vió Moisés y se manifestó á Salomón en la dedicación del templo, le descubriera, brillando de majestad y misericordia, el Arca de la alianza.

Por esto, y por ser tales cánticos la expresión más viva del más profundo dolor, úsalos nuestra madre la Iglesia en los días de más triste y sombría solemnidad.

Abrid el libro santo y leed:

«Y aconteció, que después que Israel fué reducido á cautiverio, y Jerusalén quedó desierta, se sentó el profeta Jeremías llorando, y endechó sobre Jerusalén con esta lamentación, y suspirando con amargura de ánimo, y dando alaridos, dijo: (1)

—¿Cómo está sentada solitaria la ciudad llena de pueblo? Ha quedado como viuda la Señora de las naciones; la Princesa de las provincias ha sido hecha tributaria.

—Los caminos de Sión están de luto, porque no hay quien venga á las solemnidades: todas sus puertas destruidas, sus sacerdotes gimiendo, sus doncellas desaliñadas, y Ella oprimida de amargura.

—¿Cómo cubrió el Señor de oscuridad en su furor á la Hija de Sion? Arrojó del cielo á la tierra inclita Israel, y no se acordó de la peana de sus pies en el día de su furor.

—Y de la hija de Sion se fué toda su hermosura; sus príncipes han sido como carneros que no hallan pastos, y se fueron sin fuerza delante del que los iba siguiendo.

—Los hijos de Sion, inclitos y vestidos de oro muy fino, ¿cómo han sido reputados por vasijas de barro obra de manos de alfarero?

—Los que comían deleitosamente, murieron en

las calles; los que se criaban en la púrpura, abrazaron el estiércol.

—Todo su pueblo gimiendo y buscando pan: dieron todo lo que tenían más precioso por comida para refocilar su alma.

—Llamé á mis amigos, y ellos me engañaron: mis sacerdotes y mis ancianos fueron acabados en la ciudad...

—Mira, Señor, y considera á quién has vendido así... ¿Con que es asesinado en el santuario del Señor el sacerdote y el profeta?

—Quedaron á fuera tendidos en tierra el mozo y el viejo; mis doncellas y mis jóvenes cayeron á espada: los mataste en el día de tu furor; los heriste y no tuviste lástima.

—Llamaste de los contornos, como á un día solemne, á los que me aterrassan; y no hubo en el día del furor del Señor quien escapase, ni fuese dejado: los que crié y alimenté, mi enemigo los acabó.

—¿A quien te compararé? Ó ¿á quién te asemejaré hija de Jerusalén? ¿A quien te igualaré, y te consolaré, ¡oh virgen hija de Sion! porque grande es como el mar tu quebranto? ¿Quién te remediará?

—Tus profetas vieron para tí cosas falsas y necias, y no te manifestaban tus maldades para moverte á penitencia...

—¡Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor como mi dolor!

—Palmearon por tí con las manos todos los que pasaban por el camino: silbaron y menearon su cabeza sobre la hija de Jerusalén, diciendo: ¿Es ésta la ciudad de perfecta hermosura, el gozo de toda la tierra?

—Gózate y alégrate, hija de Edóm, que moras en tierra de Has: á tí también llegará el cáliz: embriagada serás y desnudada.

—Abrieron sobre tí su boca todos sus enemigos; silbaron y crucieron los dientes y dijeron: «Nos la traguemos: en éste es el día que esperábamos; lo hemos hallado, lo hemos visto...»

—Levántate; alaba de noche en el principio de las vigillas; derrama como agua tu corazón ante la presencia del Señor: alza á él tus manos por la vida de tus chiquitos, que desfallecieron de hambre...

¡Qué poesía, aun cuando solo humanamente la consideremos!

¡Cuán bella y angusta poesía! Asistimos á la ruina, contemplamos la desolación de Jerusalén. ¡Qué imágenes qué expresión qué colorido, y sobre todo qué tono tan lúgubre y desconsolado! Jamás encontró la musa cristiana una voz más dolorosa, fuera la de Job; pero Job personificaba á la humanidad en el más subido grado de sufrimiento, y por eso arrancaba de sus entrañas aquel grito de «¿Por qué fué concedida luz al miserable y vida á aquellos que están en amargura de ánimo?»

El ilustre Bossuet decía que Jeremías había igualado las lamentaciones con los dolores; y críticos distinguidos han reputado sus trenos como el más bello modelo de poesía elegiaca que nos haya quedado de los tiempos antiguos, sin encontrar rival en los modernos. Nosotros, así lo eramos, pensábamos en prueba de ello revelar alguna de sus admirables bellezas; mas al abrir el libro de la vida y al releer las lamentaciones, sentimos agalparse las lágrimas á los ojos y caerse el libro santo de las manos... No es extraño pensáramos en nuestra patria; al través del polvo de Jerusalén, veíamos el cadáver de España.

¿Cómo pudiéramos conservar bastante serenidad en la cabeza y sosiego en el corazón, para notar las bellezas literarias de los versículos trascritos, cuando las grandes verdades que encierran y las terribles desventuras que pintan pueden casi exactamente aplicarse á nuestra patria infortunada? ¿Qué hemos visto nosotros infelices? Estábamos en la cuna, y aun casi retu ababa en nuestros oídos el estampido del cañon francés; la leche que mamábamos era amarga.

Apenas habíamos llegado á la edad de la infancia y en vez de entregarnos á la inocente alegría de sus juegos, rodeábamos á nuestros padres, tempranamente envejecidos, y escuchábamos de su boca la historia de las desgracias pasadas, en medio de las presentes desventuras.

Nuestros padres nos decían: «Hijos míos, el cielo os conceda gozar de días más apacibles y serenos!» Votos sagrados, mas no oídos por el cielo.

¿Quién de vosotros, al poner el pie en la carrera de la vida no retroceda con espanto? ¿Quién de nosotros no ha llevado luto por su padre, por su hermano ó por su más tierno amigo, muertos en guerra fratricida? ¿Quién de nosotros no ha lanzado un grito de terror cuando arrancaba la peste más cruel de nuestros miembros brazo, y de un solo golpe á la madre, que tornaba la delicada del corazón; á la esposa, encanto de la vida; al hijo esperanza de la ve-

jez? No hemos visto sino calamidades; sangre en los campos, sangre en las ciudades, peste, miseria, revoluciones sucediendo á revoluciones, guerras civiles brotando de otras guerras civiles, y á España por todas partes despedazada y hecha un cadáver, cuyos restos miserables disputábase perros hambrientos y devoradores.»

Y no es esto aún lo más doloroso; lo que aflige más desesperadamente el ánimo es levantar los ojos al cielo para leer en él una esperanza siquiera; y no ver en el horizonte sino señales de próximas y más desoladoras tormentas.

«Tus Profetas, decía Jeremías hablando á Jerusalén, vieron para tí cosas falsas y necias.» También nosotros hemos tenido profetas semejantes; más aquellos no insultaban al menos las lágrimas de Jerusalén, diciéndola que era dichosa.

«España, desgraciada patria mía! ¿Cuál de tus buenos y leales hijos no derrama inextinguibles lágrimas al contemplarte, y cual de ellos no exclama con grande alarido, á semejanza del profeta de los dolores? ¿Cómo está sentada solitaria la gran nación que llenaba á los pueblos con sus ejércitos, el mar con sus navios, el universo con el ruido de sus glorias?»

¿La que arrolló lanza en mano, á los guerreros de Israel; envió sus hijos á Grecia, y Grecia cayó á sus pies; tronó en Lenanto, y estremeció la media luna sobre las mezquitas de Constantinopla; voló á Pávia, y recogió la espada de un gran Rey; atravesó las soledades del Océano, y plantó en un mundo nuevo un estandarte divino?

Los pueblos temblaban al sonido de su voz; los Reyes se alzaban en sus tronos para acatarla.

Y Ella, querida del cielo, resplandecía en medio del mundo que silenciosamente se le inclinaba, con un manto de oro sobre sus hombros, la corona de veinte naciones en su frente, el cetro de dos mundos en su mano.

Ha caído, ha caído del cielo la estrella, que entre todas más bellamente lucía; ha quedado como viuda la Reina de las naciones; ¡mirad la Señora, de las provincias cómo ha sido hecha tributaria!

Como á una prostituta la han tratado; sobre Ella misma desgarraron su manto de púrpura; dejaron en su frente para escarnio una sombra de corona y en su mano pusieron una caña infame.

Al estampido del cañon se agitó; era muy lúgubre aquel estampido; volvió los ojos, y vió descaer á un Rey del trono para entrar en el sepulcro.

Alrededor de aquel sepulcro, agolpáronse sus hijos; ninguno lloró; miráronse muchos con furor, y debajo de sus mantos erujían temerosamente las armas.

La hija de la desventura dió un largo gemido. ¿Quiénes son éstos que tan furiosamente se combaten? ¿Quiénes son esos cuyos ojos centellean de alegría al despedazarse unos á otros, y beber bárbaramente su sangre?

La hija de la desventura á unos y á otros les llamaba sus hijos. Lo que huve de la espada, devorólo el fuego; lo que escapa del fuego, la hambre lo consume. El ángel de la venganza va á acabar con los primogénitos del pueblo maldiceido.

Señor, tu ira está sobre nosotros; Señor, tu ira se ha redoblado.

Este cielo está encapotado y sombrío.—Del Norte, del Norte viene una plaga devoradora. Los pueblos saltan de terror; estremecidos le han dado un nombre espantable, ése es su nombre, ésa es la cólera de Dios que pasa entre vosotros para visitar las entrañas de mi patria.

Ensanchad esas lúgubres ciudades, moradas de los muertos.—Hasta mañana, amigo mío.—Un mensajero llega: Tu amigo está espirando.—Otro: Tu amigo ha espirado.

¿Por qué tan místicas y tan solitarias las calles? ¿Por qué has descendido á los subterráneos, como si allí no te viese la ira de Dios? A soma la desmeleada cabeza, y verás; aplica codiciosamente el oído, y oirás; los que van por las calles atonitos, van espantados, precipitadamente, como si la muerte les siguiera; negros arañes cruzan lenta y melancólicamente por ellas, y en hoyo profundo caen mezcladas la juventud y la vejez, el que fué rico, y el que ya no es indigente.

Ahora sí que sois todos iguales. ¡No han podido los grandes alcanzar las vanidades de las pompas fúnebres! No ¡han podido disfrutar ni de un sepulcro de piedra! Tenía prisa la muerte.

La recién desposada huye del lecho de su esposo; la madre dió á caer en tierra al pequeño que colgaba de su pecho. Pero tus sacerdotes ¡buen Dios! van á pagar el odio y el desprecio, rodeando amorosamente el lecho de los moribundos.

Apinaos, sacerdotes de Dios, los que le hacéis descender del cielo con vuestras palabras; apinaos alrededor del altar, á la sombra del mismo Dios... E os tigros golpean con hachas sueltas las puertas del santuario; las han despedazado; precipítanse de tropel. El infierno se alegra. Apinaos alrededor

«Maldición sobre tí, hija de maldición! Las losas del santuario están bañadas de sangre.

¡La sangre de tus hijos, Señor, ha salpicado tu altar! ¡Señor, tú has visto la sangre de tus hijos!

Por todas partes estalla el estruendo de armas; por todas alumbra ruinas la luz de los incendios; por todas alzanse bramando los pueblos.

¡Dejad que esos hombres luchen y se despeda-

cen! ¡Dejad que arrastren á sus mismos caudillos ¡Dejad que invadan embriagados el alcazar de los Reyes!

Pero madres, ¡no esperéis abrazar á vuestros hijos! Vestios de luto ¡oh vírgenes! No escuchareis palabras de amor de la boca de vuestros amantes. El sepulcro no restituye su presa.

¡Bienaventuradas las estériles; al menos no morirán por el crimen de haber engendrado un hijo! ¡Bienaventurados los que no tienen padre: esos niños los tenían y ya no existen! ¡Bienaventurados sobre todo los que no han visto la luz en estos días de maldición!

Todo el pueblo está gimiendo y rindiendo por todo el pueblo siente el filo de la espada sobre su cabeza; pero el Señor, al enviar su ira sobre los pequeños, no se ha olvidado de las frentes elevadas.

Los próceres han trocado su manto de púrpura por los andrajos de mendigo.

Este príncipe vive en innoble cautiverio; hubiérale abrumado las sienes una corona de oro; pero lleva con dignidad la corona de la desgracia.

¿Y eres tú también hermano de un Rey? ¡Ah! Pareces como carnero que no halla pasto, y vas sin fuerza delante de los que te van siguiendo.

A esa Reina; á esa Reina le han coronado con corona de tribulación; sus amigos la vendieron; los que decían: «Ven, y adornaremos de flores ¡oh ángel! tus caminos, la repelen y gritan con frío desden: «Mujer ¡vete!» Y ella se va llorando; los alaridos de sus hijas rompen el alma.

¿A quién ¡oh patria! te compararé? ¿A quién te diré semejante? Abatida estás, exánime te puestas hecha un cadáver.

Las naciones te han herido ignominiosamente con el pie, han reído con escarnio y se han hablado entre sí; y esta es la nación que cenía con sus brazos la tierra y pudo, con su solo nombre estremecernos?...

Alegraros ahora, que es llegado vuestro día; y alegrate, sobre todos, tú que te has vestido con nuestra desnudez, tú que te engrandeces con las desventuras del mundo; alegrate, que también á tí llegará el cáliz y serás embriagada, y se espantarán las naciones al ver que ningún navio sale de tus puertos, y se sentirán vengadas al contemplar las convulsiones de tu agonía.

Pero ¿que tienes tú, qué tienes tú, patria mía, que exhalas ahora ese gran gemido y te levantas azorada de tu lecho de muerte? ¿Por qué revuelves á todas partes el semblante pálido y asombrado? ¿Acaso sientes bajo tus pies estremecerse la tierra con el rumor de amenazantes revoluciones? ¿Has oído acaso la voz de tus enemigos que decían: «Nos la traguemos, en éste es el día que esperábamos, lo hemos hallado, lo hemos visto?»

Caen de rodillas, hija de la desventura; cae de rodillas y cubre de ceniza tu frente, y clama de lo hondo de tus entrañas al Dios de las piedades:

«Acuérdate, Señor, de lo que nos ha acaecido; repara y mira nuestro oprobio (1).

«Nuestra heredad ha pasado á forasteros; nuestras casas á extraños.

«Huérfanos hemos quedado sin padre: nuestras madres como viudas.

«Los andanos faltaron de las puertas: los jóvenes de las danzas de los tañedores.

«Faltó el gozo de nuestros corazones: convirtiéste en luto nuestra danza.

«Cayó la corona de nuestra cabeza, ¡ay de nosotros! porque pecamos.

«Por esto nuestro corazón ha quedado melancólico: por esto se han entenebrecido nuestros ojos.

«A causa del Monte de Sion, que fué destruido, raposas anduvieron en él.

«Mas Tú, Señor, eternamente permanecerás, Tú solo, por generación y generación.

«¿Por qué nos olvidarás para siempre? ¿Nos desampararás por largura de días?

«Vuévenos, Señor, á Tí, y nos volveremos, renueva nuestros días como al principio.»

Antonio Aparisi y Guijorero.

MARÍA AL PIE DE LA CRUZ.

No pienses, Virgen mía, que vengé á tus altares A recordar cantando tu agonía; Nada valen mis débiles cánticos; Vengo sólo á llorar, Virgen María. Vengo á contar las enlutadas horas Que en negra soledad roban tu calma; Vengo llorar con el dolor que lloras; Vengo en suspiros á entregarte el alma.

Madres felices, que con más fortuna De vuestros hijos coronais la frente Con casto beso que brotó en la cuna; Madres felices, que en amantes brazos Los estrechais en vuestro ardiente seno Entre el calor de vuestros dulces brazos; Madres felices, que con ómnipotencia Del niño ante los cándidos sonrojos, Al guardar los suspiros de su boca Meceis su cuna y entornais sus ojos; Decidme cuál sería Vuestro dolor, de lágrimas cubierto, Si al hijo aquel que os cautivaba un día Lo vieris como al hijo de María En una cruz ensangrentado y muerto.

(1) Versículo entresacado del cap. V de los Trenos.

(1) Versículo entresacado de los cuatro primeros capítulos de los Trenos de Jeremías.

Pensad en el cautivo
Que al doliente rumor de sus cadenas
Solo responde el aire fugitivo:
Alzad los ojos al dosel del cielo
Cuando la luz al espirar desmaya,
Y recordad el lúgubre desvelo
De los que gimen en desierta playa;
Llegad cansadas con dolor profundo
A recoger plegarias y suspiros
En el roncó estertor del moribundo;
Escuchad á una madre que se aterra
Viendo al hijo perderse entre los mares
Bajo el pendon sangriento de la guerra;
Y del cautivo en el eterno llanto,
Y en la negra y fatal melancolía,
No hallareis un dolor que os hiera tanto
Como el dolor inmenso de María.

Escóndase la luz; la tierra impura
Envuelva sus montañas
Entre las sombras de la noche oscura,
Las crestas del Calvario
Perdidas guarde en su crespon sombrío
El luto de la noche funerario...!
En las rojas heridas desgarradas
La sangre brota y de correr no cesa;
Allí clava la Virgen sus miradas,
Y por eso las nieblas apiñadas
Cubren la sangre con su sombra espesa.

Madre de Dios, que ante la cruz gimiendo
Velas al hijo que te está llamando;
¡Quién sufre con martirio más horrendo,
El hijo que á sus pies te vé llorando.
Ó tú, que en una Cruz le ves muriendo?
En ásperos caminos desiguales,
En veredas oscuras.
En hondos y reueltos peñascales,
Están las huellas de tus plantas puras.
Subes del monte las torcidas faldas,
Y miras al cansado Nazareno
Con una Cruz que dobla sus espaldas.
Nadie llora tu ardiente desvario,
Solo responden a tu triste acento
El roncó son del desmayado viento
Y del pueblo el salvaje vocerío.
Comprendo, Virgen, tu dolor profundo,
Y sé que al borde del Madero Santo
Su sangre, confundida con tu llanto,
Es el Jordan que purifica al mundo.

Virgen, que brillas en el sol de oro
Que tiendes por las bóvedas azules
Y que derramas por el mar sonoro;
Tú, que diste sustintas sonrosadas
A las auroras del Abril sereuas
Cuando pintan los valles y cascadas;
Tú, que la espuma blanca tornasolas
Dejando el iris en el aire impreso
Y haciéndola brotar del casto beso
Que dió la luz en las dormidas olas;
Tú, del Calvario en la pendiente aislada,
Al rostro del Señor, la vista errante
Elevas con el alma traspasada.
Sientes la convulsión de su agonía
Y cuentas de su pecho los latidos;
Lloras del mundo la maldad impia,
Y no valen cien mundos redimidos
Una lágrima tuya, Madre mia.

En los altos pilares
De oscura catedral, allá en las sombras
Que envuelven sus magníficos altares;
En el templo divino
A cuya puerta como esclavo eterno
Se inclina siempre el Bétis cristalino;
Allá en el templo de la patria mia,
De incierta luz las bóvedas bañadas,
Yo, Virgen, cuando niño te veía
Mientras mi madre, trémula gemía
De aquel altar en las desiertas gradas.
«Reza y llora», me dijo.
Y aun el llanto mis párpados enciende
Postrado ante los pies del Crucifijo;
Porque á una Madre que perdió á su hijo,
Quién mejor que otra madre la comprendel!

Se acerca ¡oh Virgen! el fatal momento;
La luz del sol, que entre las nubes arde,
Se extingue, como el rayo macilento
Con que pinta el crepúsculo la tarde.
Se estremece la Cruz: ¡Madre! te grita,
Y el grito santo los espacios llena;
Se pierde entre la bóveda infinita
Y tu pecho palpita
Cual la ola del mar rota en la arena.
Espira el Redentor; rasgan su velo
Del templo los magníficos altares;
Tiemblan los montes; se ennegrece el cielo,
Y al redoblarse tu penoso duelo
Lloran contigo los profundos mares.

De la Cruz desprendido
Muerto le ves en tus amantes brazos
Con sangriento sudario revestido!
Y ruedan de tu llanto los raudales

Por los cárdenos surcos que formaron
Sus heridas mortales;
Y vivo te lo finge el desvario...
Lo vuelves á estrechar, y al estrecharle
Te hiela el mármol de su labio frío.
Sola con El y triste cual ninguna
Sus ojos muertos á la luz cerrabas
Recordando las horas de la cuna
Cuando en sus ojos bellos te mirabas!
Y vuelves á llorar, y tu cariño
En éxtasis tristísimo no advierte
Que el sueño aquel que te recuerda el niño
Es el sueño profundo de la muerte.

Desierta está la cumbre del Calvario,
Y el aura errante con incierto giro
Recoge en su murmullo funerario
El trémulo rumor de tu suspiro.
De tus lágrimas puras
Séquesen ya los fervidos torrentes.
Por que pronto las bóvedas oscuras
Olas de luz derramarán ardientes.
Silbando se retuerce por la tierra
Vencida la serpiente del pecado,
Y romperá la tumba que lo encierra
El cuerpo de Jesus crucificado.
No recuerdes las horas
Que á los pies de la Cruz, Virgen del alma,
Rodaron para tí desgarradoras;
No vibre ya de tu dolor el rayo;
No ya con delirante desvario,
Ni entre las penas de tatal desmayo,
Como aurora dulcísima de mayo
Viertan tus ojos celestial rocío.
Alójate del suelo
Donde ya tu esperanza se derrumba,
Y espérale en el cielo
Con los ojos clavados en su tumba.
Cese ya tu tristísima agonía,
Cesen tus melancólicos gemidos;
Lloras del mundo la maldad impia,
Y no valen cien mundos redimidos,
Una lágrima tuya, Madre mia.

ANTONIO FERNANDEZ GRILLO.

LA MEDITACION DE JESÚS.

(POR ALEJANDRO HERCULANO.)

¡Oh Cristo! ¡Cuando en medio de una plebe corrompida por la servidumbre, y encendida contra tí por su credulidad en palabras de hipócritas, fuiste arrastrado por las olas populares en la terrible procela del último día de tu vida, seguramente que tu corazón vertió sangre bajo el peso de tan prolongada agonía!

¿Cómo, pues, fué posible que ante los insensatos que te atormentaban, tú, rey de la filosofía eterna, no clamaras segunda vez al Padre, como en la soledad de Gethsemani, para que apartara de tus labios; el cáliz que reñosaba hiel y amargura?

¿Como fué posible que tú, que habías condenado á las generaciones pasadas y empujado á las futuras por camino hasta entonces desconocido, no inclinaras la cabeza ante el espectro de tan atroz padecer, y no quebrantaras tu misión diciendo ¡basta! y haciendo caer á tus pies con la faz en el polvo á los verdugos de tu inocencia?

En aquella hora, Hijo del Hombre, ¿no eras tú flaco y mortal como todos tus hermanos?

En la historia de tu misterioso tránsito por la tierra, muchas páginas quisiste, ¡oh, Cristo! que quedaran en blanco; sin duda, porque, si esa historia fuese completa, la sabiduría del hombre habría podido igualarse á la sabiduría de Dios.

Nosotros reconocemos hoy las huellas de tus pies en la subida del Gólgota; mas están borradas las que estampaste en las calles de Salém en la hora en que tus asesinos se habían vestido la toga de jueces, y juzgádotte por la ley del odio popular, blasfemaban de la justicia.

Esa hora de dolorosa ansiedad fué la que la tradición guardó en el incompleto tesoro del Evangelio: y por eso, tu constancia, en medio de las afrentas y atrocidades de las turbas desenfundadas por los hipócritas, es el más terrible y profundo de los misterios de tu morada en la tierra.

Moribundo en la cruz, te retorriste, ¡oh Cristo! en trances de agonía, y clamaste al Señor:—¡Heli! ¡heli!—¡Por qué, pues, padeciste y sufriste callado cuando estabas lleno de vida?

Por cierto que los esbirros y verdugos, cuando te llevaban entre silbidos y careajadas á casa de Pilatos, y á pesar de los rugidos de muerte de aquellos para quienes tu ejemplo era un remordimiento, dejáronte descansar sentado sobre el marco miliar del camino en tu tránsito de amargura.

Y tú, ¡oh Cristo! permaneciste algunos momentos sólo con tus pensamientos, inmensos é insensibles como el espacio en que está derramada y perdida la infinidad de los

mundos; y aquellos momentos fortalecieron y consolaron tu espíritu.

Después, cuando el gobernador romano, procurando rescatarte por precio de vituperios y crueldades de la sanguisodienta saña de los hebreos, no lo consiguió, y lavándose las manos del crimen, te entregó á aquellos furiosos para que te arrastraran al Calvario, éstos gritaban que la sangre del justo cayera sobre sus cabezas y sobre las cabezas de sus hijos; y los soldados te conducían al patíbulo.

Y el pobre Simon de Cirene no había tomado aún á hombros el instrumento ignominioso de tu suplicio, que es hoy para los hombres el faro de la esperanza.

Fué entonces, tal vez, cuando reclinaste tus miembros macerados y heridos sobre la fría piedra al borde del camino del Gólgota.

Porque el Señor que á la tierra te enviara, movió el ánimo de los verdugos para que te dejaran reposar; y en esos instantes, la idea de tu misión, generosa y terrible, aniquilando en tí el sentimiento de la existencia material, te fortaleció el espíritu hasta el lugar del sacrificio.

Y la consolación descendió sobre tí, ¡oh atribulado! haciéndote olvidar el lugar en que estabas y á los que en derredor de la víctima esperaban callados que se levantase para proseguir en su festivo cortejo de antropófagos.

Con la frente apoyada en el brazo y éste sobre las rodillas, larga y profunda fué tu meditación, que abarcaba en el espacio, el mundo; en el tiempo, lo pasado, lo presente y lo indefinido porvenir.

Porque para tí no había estas medidas con que el hombre se ve obligado á contrastar los fenómenos del universo y que deduciéndolas de su modo de existir para aplicarlas á lo que le rodea, denominó *duración* y *extensión*.

Sobre tu cabeza, un cielo sin límites hacia patentes los misterios que encierra á tus divinos ojos; y volviendo éstos hácia la tierra, veías el orbe entero á tus pies, y, en su faz, escrita toda su historia, desde el primero hasta el último de sus días.

¿Qué viste, ¡oh Jesús! en la historia que había ya pasado y en la que pasaba rápida en derredor de tí? ¡Misericordia y corrupción!

Viste á los hombres, separados de los hombres, detestarse y perseguirse, ignorando que eran hermanos: viste el crimen de Cain convertido en norma de los pueblos.

Viste que la virtud era, una ostentación vana, una mentira contada á las muchedumbres; porque no se apoyaba ni en el cielo, ni en la esperanza; que el poder era una tiranía insostenible; y la obediencia, servidumbre. ¡Tiranía, hasta en el ser padre; esclavitud, hasta en el ser hijo!

Viste en derredor de tí desmentidos todos los efectos humanos; viste la espada puesta en el lugar de la ley; viste combates de gladiadores, y el pan arrojado por los déspotas al tigre popular, para alejar más la hora de ser por él devorados.

Viste la superstición de los ídolos, culto disoluto é infame á dioses hechos por manos de hombres, y los vicios y crímenes santificados por hipócritas.

Las generaciones que te precedieran y la que te rodeaba estaban como cadáver gangrenado; la civilización era oropel; la vida, materialismo insensato.

La sociedad era, pues, hasta tu venida, una mentira maldita; y engaño cruel habría continuado siendo, si tú ¡oh Cristo! no hubieras venido para trasformarla con tu sabiduría celestial.

Tú apartaste entonces los ojos, horrorizado, de este espectáculo atroz, para contemplar lo futuro que, hijo de tu Evangelio, rechazaba y condenaba lo pasado.

Y la temerosa cruz del suplicio se te apareció gloriosa; porque se erguía como pendon en torno del cual se reunían los que pelearon por tí con las armas de la verdad, de la resignación y del amor.

Los cristianos de las catacumbas pasaron ante tí como ejércitos de mártires, testimoniando la filosofía de la redención; y sus himnos de esperanza retumbaban por las inmensas tenebrosas bóvedas, mientras que por encima de ellas, en el suelo de Roma, resonaban los cantos obscenos y las carcajadas ébrias en las orgías de los señores del orbe.

Y después, vistelos ante la luz del día, asistiendo á la larga agonía del Imperio, y ofreciendo al pueblo-rey, que á fuerza de disoluciones moría como viejo infame la única salvación que le restaba: la que el Señor guardó para el arrepentimiento, la de más allá del sepulcro.

Y los salvajes del Norte aglomeráronse entonces ante tus ojos, sobre el bullo de aquella sociedad moribunda; y despedazando y triturando entre sus manos de hierro templos, palacios, monumentos, leyes, ciencias, todo, en su nativa fiereza, en su bárbara

virtud, no tomaron ni una sola pieza de tantos tesoros.

Salvo dos cosas extrañas en Roma: dos cosas que nunca habían podido ligarse y armonizarse con los objetos de lujo, con las obras maestras de la civilización antigua.

Estas dos cosas eran ¡oh Cristo! un madero toscó y un rollo de pergamino poco extenso—¡tu Cruz y Evangelio!

Porque para los pobres y rudos bárbaros, estos dos monumentos eran sencillos é inteligibles, aunque sublimes. El valor generoso é indomable de aquellos hombres ingenuos comprendía las virtudes que tú enseñabas, nuevas para ellos, como lo habían sido para la sociedad corrompida que se deshacía bajo sus plantas.

Y en este momento que separaba dos formas de existir humanas—la antigua y la moderna—tu creencia, ¡oh Hijo del hombre! tomaba por la mano á las naciones que surgían de entre una gran revolución social, y guiábalas por el camino de una nueva civilización bien distinta de la que cesaba.

Cuanto hoy es honra y gloria de los grandes pueblos, todo lo viste tú nacer de tu palabra como de fuente caudalosa. la antorcha que tú encendiste fué la que alumbró al mundo.

Y viste que el tronco en que debías sufrir trance afrentoso en la cumbre del Calvario, sería el asilo al cual acudirían millares y miriadas de hombres de las generaciones venideras.

Y después de contemplar tu obra, ¡oh Jesús! te levantaste para caminar al suplicio; y los que te rodeaban vieron júbilo inefable en tu divino rostro, y sonrisa de bienaventuranza en tus labios. El que tanto había amado á los hombres, creíase por ventura pagado de su inmenso sacrificio...?

Tu boca no lo dijo: ¡guardaste para tí este misterioso secreto!

El juez á quien tu inocencia se reveló, te llamó *el Hombre*; nosotros, á quienes tú revelaste nuestros eternos destinos y los más puros y santos efectos de la vida moral, nosotros te llamamos *Dios*.

¡Mas la ingratitud no había sido exterminada de la Tierra.

Vino un siglo en que el árbol de la civilización y de la ciencia estaba robusto y lleno de sávia; la amcha sombra de sus ramas cobijaba la mejor parte del género humano, y los hijos de la civilización y de la ciencia comenzaron á avergonzarse de tí; y luego después, á motejarte y á escupirte en el rostro como habían hecho los judíos.

Los desgraciados pensaban que ese árbol, plantado por tí y por tí solo, había llegado á su mayor frondosidad y lozanía; y los que bajo de él vivían eran muy superiores al que escondiera en la tierra la desconocida semillita de que había brotado.

¡Y el Evangelio era, no obstante, eterno.

¡Cuando tú ¡oh Señor! lanzaste torvos los ojos, desde lo alto de los cielos, para condenar á aquellos hombres orgullosos, á aquellos sábios que renegaban del origen de toda ciencia, ya habían ellos pensado, y no hallaste más vestigios suyos que el completo silencio de sus tumbas!

¡Y á nosotros, que les sucedimos, vístenos de rodillas en derredor de tu Cruz!

El árbol de la sabiduría había brotado más robustos troncos y más frondosos ramajes; probándonos así que había nacido en el Calvario.

Hoy, Señor, la historia humana viene á confirmar todos los días tu divina historia; la filosofía actual alza sobre las ruinas de los sistemas pasados el lábaro de tu filosofía.

La ciencia, que explora maravillas por los ámbitos del cielo ó en las lóbregas entrañas de la tierra, que las busca en los continentes y en el enorme abismo de los mares, amontónalas para tejer con ellas la corona de tu gloria.

Las naciones que ves agitarse y rugir dolorosamente en luchas civiles, no hacen sino prepararse para poder escribir en las tablas de bronce de las leyes las dos palabras que resumen tu Evangelio: *libertad, fraternidad*.

Y aquellas, en fin, á quienes la naturaleza enriqueció con los tesoros del genio, derraman á tus pies las más sublimes y suaves armonías que la poesía ha revelado á este siglo, que cree y espera como María al bálsamo del nardo.

A mí, que soy pobre como la viuda que apartó su óbolo, perdonarás, sin duda, ¡oh Cristo! estas líneas, escritas sobre el pedestal de tu Cruz durante los días en que tus creyentes celebran la memoria del tremendo sacrificio del Gólgota.

ALEJANDRO HERCULANO.

Traducción de Rodríguez Bermejo